

## ¡Que no conozcan el silencio!

ERACLIO ZEPEDA

¡México! -me llamó el comandante en las primeras horas de la tarde. -Búscate unas guaguas, un magnavoz y vete a esos tres barrios bravos...

- ¿Mexiquito, los Hoyos y Chicharrones? -pregunté.

- Los mismos, teniente. Esos mismos. Búscate a los muchachos más duros y tráetelos como invitados para conversar acá en la Universidad. Con el magnavoz habíales a lo mexicano, como en las películas, que así les gusta...

Eran los días tensos de aquel octubre de 1962, cuando la guerra nuclear andaba tan cercana. Cuba entera estaba movilizada, con todas las armas en la mano, esperando la invasión inminente. La División 50 y la División 101 se habían desplegado desde Santiago de Cuba hasta la frontera misma con Guantánamo. El comandante de mi división había comentado, la noche anterior, lo bueno que sería un contacto con aquellos muchachos, casi hampones, que vivían en los barrios marginales de Santiago de Cuba. Llegué hasta ellos acompañado por los tres choferes de los autobuses, guaguas como les dicen. El cielo de Santiago era rojo a la hora del crepúsculo. Había llovido y el aire estaba fresco. El fango en aquellas calles impedía un tránsito normal, aun a pie.

-¡Atención, atención! La milicia nacional revolucionaria invita a los jóvenes mayores de dieciséis años, habitantes de Mexiquito, los Hoyos y Chicharrones, a una reunión de emergencia en la universidad. Tres guaguas saldrán en veinte minutos con los compañeros que acepten esta invitación -anuncié en el magnavoz acentuando el estilo de los actores mexicanos de las películas de aquellos días.

-Oye, México, ven acá-me interrogó un muchacho negro con una vieja cicatriz que le caminaba desde el ojo a la barbilla -¿esta reunión a la que estás invitando es voluntaria...?

-Claro compañero, voluntaria...

-Que quede claro, porque órdenes acá no recibimos me aseguró con una sonrisa que llenaba de paz aquel rostro que parecía feroz.

Seguí repitiendo la invitación y los muchachos empezaron a llegar. Me saludaron con aquel «México», que había pasado a ser mi nombre durante los días de la crisis.

Mucho antes del plazo acordado, los autobuses quedaron más o menos llenos. Cuando ordené que regresáramos a la universidad llegaron corriendo los últimos cinco muchachos. La reunión se efectuó en el auditorio de la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba. El auditorio fue ocupado hasta la mitad de su capacidad por aquellos jóvenes que habían aceptado conversar en las primeras horas de la noche. Las veinte primeras filas estaban repletas de negros y mulatos, algunos de ellos descalzos con la ropa muy zurcida y con caras que atestiguaban, con sus rasgos, una vida violenta de carencias eternas.

-México, explícales el asunto me ordenó el comandante.

-Compañeros empecé diciéndoles; tratando de recorrer con la mirada todos los asientos ocupados, buscando contacto con sus ojos para construir un puente entre nosotros. -Compañeros: los hemos invitado a una reunión imposible de realizar si no fuera en las condiciones actuales. En los dos años y medio que la revolución lleva en el poder ustedes quizá no han cambiado. Siguen viviendo en las mismas casas, sin escuela muchos de ustedes, sin trabajo la mayoría. Tal vez lo único nuevo en esos lodazales es que el ejército y la policía ya no les roban ni les pegan ni les asesinan, por primera vez están de parte de ustedes. Pero en las otras cosas de la vida ustedes no han visto ninguna mejoría. La revolución posiblemente no tiene autoridad moral para pedirles lo que esta tarde queremos plantearles. Nada les ha dado a ustedes que justificara la petición de esta noche. Sin embargo, pienso que si la revolución cae, el miedo volverá a estar día con día presente en sus barrios. Pero si la revolución resiste, ustedes tendrán, más temprano que tarde, puertas abiertas a la educación, al trabajo, al cuidado de la salud y a una casa digna, a la vida a la que ustedes tienen derecho. Todo será posible si la revolución continúa. Pero si ella se derriba, los sueños también van a desplomarse. Es poco lo que han recibido y es mucho lo que les pedimos: una alianza combativa para estos tiempos de guerra. Tienen cinco minutos para discutir solos, entre ustedes, esta invitación. Nosotros volveremos para conocer la respuesta...

-México, oye esto y ven acá me gritó un negrazo de manos enormes que al chocarlas entre ellas producían un ruido que tenía más de rumba que de aplauso. Era el mismo que en su barrio me aseguró no recibir órdenes de nadie. No hace falta esperar nada dijo. Tampoco falta que discutamos. Estamos de acuerdo. Lo

que pasa es que ya llegamos de acuerdo: así que te digo que ya, desde ahora mismo, estamos arriba de los hierros. Que nos digan lo que hay que hacer...

El comandante y yo nos miramos alegres.

-Compañeros: el asunto es claro como la mar en calma -les explicó el comandante. -Si ellos invaden Cuba nosotros, la milicia y el ejército, nos retiraremos hacia la sierra para pelear ahí como sabemos hacerlo. Las ciudades quedarán abiertas, sin protección, sin defensa de la revolución. Es necesario que los soldados enemigos no se sientan victoriosos nunca. Que no se paseen por nuestras calles y nuestras plazas: esa será la hazaña que ustedes han de realizar. Quiero decir que cada uno de ustedes, en forma individual o en pequeños grupos, serán los encargados de que ellos nunca estén tranquilos, que no descansen en paz, que no conozcan el silencio, que no se diviertan con nada. Ustedes serán el cuchillo a la vuelta de la esquina; el hilo de seda para apretar sus gargantas en los cines; la bomba precisa en sus transportes. Ustedes habrán de envenenarles el agua en sus cuarteles.

Yo observaba atentamente las caras de los muchachos. Había en ellas una traslúcida curiosidad pasando al asombro y luego del asombro a la sonrisa. Supe ver en aquellas caras una satisfacción enorme. Supieron que la violencia en la que habían vivido era por primera vez reconocida y valorada fuera de los barrios.

-Si ustedes están de acuerdo saldrán en las mismas guaguas en que vinieron a una escuela de adiestramiento, acá mismo en Santiago. Quienes quieran mandar recados a su casa pueden hacerlo. Los que necesiten ayuda para mensaje, los alfabetizadores les escribirán las cartas. ¿Están de acuerdo?

-¡De acuerdo! -Se levantaron enérgicamente con un movimiento casi uniforme que nunca hubiera esperado en un grupo tan diverso. Salieron uno tras otro del auditorio, en silencio, abrazándose y dándose golpes de juego como si fueran rumbo a una fiesta.

No los volví a ver y por fortuna no hubo invasión ni los muchachos tuvieron ocasión de practicar sus nuevas enseñanzas. Pasaron dieciséis años, de los cuales catorce estuve fuera de Cuba. Volví a Santiago invitado por mis antiguos compañeros de la Compañía Especial de Combate.

Una mañana estaba yo en la puerta de mi hotel, de un hotel que no existía cuando viví en aquella ciudad, frente a un enorme hospital que sí existía cuando habitaba Santiago. Esperaba a que mis compañeros me recogieran para asistir a uno de los actos programados. Sin duda era la hora de cambio de turno en el hospital porque, de pronto, aparecieron por su puerta docenas o centenas de hombres y mujeres, muchachas y muchachos vestidos de blanco, enfermeros y doctoras, médicos y auxiliares, con sus batas ajustadas al cuerpo por la brisa de la mañana. Salían de la puerta principal y se desplazaban en todas direcciones. Me emocioné al ver aquellos rostros de todos los colores: rubios, morenos, blancos, mulatos, negros, negrísimos. Uno de los médicos, un negro, gritando algunas palabras que no entendí de pronto, avanzó corriendo hacia mí. -México, México -alcanzó a gritarme mientras se acercaba -México...

Me abrazó sonriente y sin soltarme me dijo con voz muy fuerte:

-Usted no se acuerda de mí porque éramos muchos. Pero yo sí me acuerdo porque usted estaba solo el día que nos conocimos. Yo, México, yo era uno de aquellos negritos que iban a envenenar el agua...